

## PREFACIO

Este libro contiene los doce mensajes que fueron dados en Anaheim, California, del 2 al 7 de julio del 2007, durante el entrenamiento de verano sobre el estudio de cristalización de las epístolas de Juan. Las verdades cruciales y la carga contenidas en estos doce mensajes pueden resumirse en las siguientes cuatro afirmaciones: (1) la comunión de la vida eterna, que es el fluir de la vida eterna dentro de los creyentes, es la realidad de la vida que llevamos en el Cuerpo de Cristo; (2) llegamos a conocer al Dios Triuno al experimentarlo y disfrutarlo como Aquel que mora en nuestro espíritu y que desea extenderse en nuestro corazón; (3) es por la unción del Espíritu compuesto y todo-inclusivo, quien es la esencia de la Trinidad Divina, que conocemos y disfrutamos al Padre, al Hijo y al Espíritu como nuestra vida y suministro de vida; (4) el Hijo de Dios nos ha dado entendimiento para conocer al Verdadero, el Dios genuino y real, y ser uno con Él orgánicamente en Su Hijo Jesucristo, quien es la vida eterna para nosotros.

Estos mensajes se publican inmediatamente después de dicho entrenamiento a fin de que sean de beneficio para los santos que participan en el entrenamiento por video que se realiza en las distintas localidades de toda la tierra.

En la sección de informes incluimos una presentación en cuanto a la carga del Señor por Su mover en Europa.

### Bosquejo de los mensajes del entrenamiento de verano (2-7 de julio del 2007)

#### TEMA GENERAL:

### ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE LAS EPÍSTOLAS DE JUAN

#### La comunión de la vida eterna: la realidad de vivir en el Cuerpo de Cristo (Mensaje 1)

Lectura bíblica: 1 Jn. 1:1—2:2

- I. Las epístolas de Juan (especialmente su primera epístola) despliegan el misterio de la comunión de la vida eterna—1 Jn. 1:3-4, 6-7:
  - A. La comunión es el fluir de la vida eterna dentro de los creyentes, representada por el fluir del agua de vida en la Nueva Jerusalén; la realidad del Cuerpo de Cristo, la vida de iglesia actual, es el fluir del Señor Jesús dentro de nosotros, y Éste que fluye debe tener la preeminencia dentro de nosotros—vs. 2-4; Ap. 22:1; Col. 1:18b; cfr. Ez. 47:1.
  - B. La comunión es el Dios Triuno que fluye: el Padre es la fuente de vida, el Hijo es el manantial de vida y el Espíritu es el río de vida; el resultado de este fluir es la totalidad de la vida eterna: la Nueva Jerusalén—Jn. 4:14b; Ap. 22:1-2.
  - C. La comunión es el impartir del Dios Triuno: el Padre, el Hijo y el Espíritu, dentro de los creyentes como su porción y bendición únicas, a fin de que ellos las disfruten hoy y por la eternidad—1 Co. 1:9; 2 Co. 13:14; Nm. 6:22-27.
  - D. La comunión indica la idea de dejar los intereses privados y de unirse a otros con un propósito común; por consiguiente, estar en la comunión divina es dejar a un lado nuestros intereses privados y unirnos con los apóstoles y con el Dios Triuno para que se lleve a cabo el propósito de Dios—Hch. 2:42; 1 Jn. 1:3.
  - E. La comunión proviene de la enseñanza; si enseñamos cosas equivocadas y diferentes de la enseñanza de los apóstoles, la

enseñanza de la economía de Dios, nuestra enseñanza producirá una comunión que es sectaria y divisiva—Hch. 2:42; 1 Ti. 1:3-6; 6:3-4; 2 Co. 3:8-9; 5:18.

- F. La Primera Epístola de Juan revela los principios de la comunión divina; 2 Juan revela que no debemos tener comunión con los que niegan a Cristo (vs. 7-11); y 3 Juan revela que debemos permanecer en la única comunión de la familia de Dios al encaminar a los que viajan por el evangelio y el ministerio de la Palabra de una manera digna de Dios, y por medio de no querer ser el primero en la iglesia (vs. 5-10).
- II. La comunión de la vida eterna es la realidad de vivir en el Cuerpo de Cristo en la unidad del Espíritu—1 Co. 10:16-18; Hch. 2:42; Ef. 4:3:
- A. Entramos en el aspecto vertical de la comunión divina por el Espíritu divino, el Espíritu Santo; este aspecto de la comunión se refiere a nuestra comunión con el Dios Triuno cuando lo amamos a Él—2 Co. 13:14; 1 Jn. 1:3, 6; Mr. 12:30.
- B. Entramos en el aspecto horizontal de la comunión divina mediante el espíritu humano; este aspecto de la comunión se refiere a la comunión que tenemos unos con otros al ejercitar nuestro espíritu al amarnos unos a otros—Fil. 2:1; Ap. 1:10; 1 Jn. 1:2-3, 7; 1 Co. 16:18; Mr. 12:31; Ro. 13:8-10; Gá. 5:13-15.
- C. La comunión divina, la cual es única, es una comunión entretijada: a saber, la comunión horizontal está entretijada con la comunión vertical:
1. La experiencia inicial de los apóstoles era la comunión vertical con el Padre y con Su Hijo Jesucristo, pero cuando ellos anunciaron a otros la vida eterna, experimentaron el aspecto horizontal de la comunión divina—1 Jn. 1:2-3; cfr. Hch. 2:42.
  2. La comunión horizontal con los santos nos introduce en la comunión vertical con el Señor; entonces, nuestra comunión vertical con el Señor nos introduce en la comunión horizontal con los santos.
  3. Debemos mantener tanto el aspecto vertical como el horizontal de la comunión divina a fin de estar espiritualmente sanos—cfr. 1 Jn. 1:7, 9.
- D. La comunión divina es todo en la vida cristiana:

1. Cuando la comunión desaparece, Dios también desaparece; Dios viene como la comunión—2 Co. 13:14; Ap. 22:1.
  2. En esta comunión divina Dios se entreteje con nosotros; este entretejer es la mezcla de Dios y el hombre a fin de introducir el elemento constituyente divino en nuestro ser espiritual a fin de que crezcamos y seamos transformados en vida—Lv. 2:4-5.
  3. La comunión divina nos compenetra, temple, regula, armoniza y mezcla juntos en un solo Cuerpo—1 Co. 10:16-18; 12:24-25.
- III. A fin de permanecer en el disfrute de la comunión divina, necesitamos tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado a fin de anular el pecado que mora en nuestra naturaleza, y como nuestra ofrenda por las transgresiones para terminar con los actos pecaminosos de nuestra conducta—1 Jn. 1:8-9; 3:20-21; Lv. 4:3; 5:6; Jn 1:29; Ro. 8:3; 2 Co. 5:21; 1 P. 2:24-25:
- A. El pecado es la naturaleza maligna de Satanás, quien se inyectó a sí mismo en el hombre mediante la caída de Adán, y que ahora se ha convertido en la naturaleza pecaminosa de iniquidad que mora, actúa y trabaja como una ley en el hombre caído—Ro. 5:12, 19a, 21a; 6:14; 7:11, 14, 17-23; Sal. 51:5; 1 Jn. 3:4; cfr. 2 Ts. 2:3, 7-8.
- B. Tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado significa que nuestro hombre viejo ha sido anulado (Ro. 6:6), que el pecado en la naturaleza del hombre caído ha sido condenado (8:3), que Satanás como el pecado mismo ha sido destruido (He. 2:14), que el mundo ha sido juzgado y que el príncipe de este mundo ha sido echado fuera (Jn. 12:31):
1. La palabra *príncipe* en “el príncipe de este mundo” implica autoridad o poder y la lucha por el poder—Lc. 4:5-8; cfr. Mt. 20:20-21, 24; 3 Jn. 9.
  2. La lucha por el poder es lo que resulta de la carne, el pecado, Satanás, el mundo y el príncipe de este mundo—Gá. 5:16-17, 24-26.
  3. La ley del pecado en nuestra carne es el poder, fuerza y energía espontáneos para luchar contra Dios; la ley de la ofrenda por el pecado es la ley de la vida del Cristo pneumático a quien disfrutamos para que automática y

espontáneamente seamos librados de la ley del pecado—  
Ro. 7:23; 8:2; Lv. 6:24-30; cfr. 7:1-10.

- C. Participamos de Cristo como nuestra ofrenda por el pecado en el sentido de que lo disfrutamos como nuestra vida, la vida que lleva los pecados de otros, a fin de que nosotros podamos llevar los problemas del pueblo de Dios al ministrarles a Cristo como la vida que elimina el pecado, a fin de que ellos sean guardados en la unidad del Espíritu—1 Jn 5:16; Lv. 10:17.
- D. Mediante nuestra comunión genuina, íntima, viviente y amorosa con Dios, quien es luz (1 Jn 1:5; Col. 1:12), nos daremos cuenta de que somos pecaminosos y tomaremos a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado y ofrenda por las transgresiones:
1. Cuanto más amemos al Señor y lo disfrutemos, más conoceremos lo malvado que somos—Is. 6:5; Lc. 5:8; Ro. 7:18.
  2. Darnos cuenta de que poseemos una naturaleza pecaminosa y tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado, causará que seamos juzgados y subyugados; darnos cuenta de esto nos preservará, ya que hará que no confíemos en nosotros mismos—Fil. 3:3; cfr. Éx. 4:6.
  3. El hombre, que fue creado por Dios con el propósito de expresarlo y representarlo, no debe ser para nada más que para Dios y debe ser absolutamente para Dios; por lo que, cualquier cosa que hagamos que proceda de nosotros mismos, sea bueno o malo, es para nosotros, y ya que no es para Dios sino para nosotros, es pecaminoso a los ojos de Dios; existir para el yo es pecado—Gn. 1:26; Is. 43:7; Ro. 3:23:
    - a. Servir al Señor para beneficio nuestro es pecado; predicarnos a nosotros mismos es pecado—Nm. 28:2; 2 R. 5:20-27; Mt. 7:22-23; 2 Co. 4:5.
    - b. Hacer obras justas, tales como dar limosna, orar y ayudar, para beneficio propio a fin de expresarnos y hacer alarde de nosotros mismos es pecado—Mt. 6:1-6.
    - c. Amar a otros para nosotros mismos (sea para nuestro nombre, posición beneficio y orgullo) es pecado; criar a nuestros hijos para nuestro beneficio y nuestro futuro es pecado—Lc. 14:12-14; cfr. 1 Co. 7:14.
  4. El Señor usa nuestros fracasos para mostrarnos qué horribles, feos y abominables somos, haciendo que nos

olvidemos de todo lo que proviene del yo y que dependamos completamente de Dios—Sal. 51; Lc. 22:31-32; Ro. 8:28.

- E. Tomar a Cristo como la ofrenda por las transgresiones es experimentarlo como Aquel que redime, que resplandece y que reina, a fin de disfrutarlo como el suministro de vida en la comunión de vida—1 Jn 1:1—2:2; Ap. 21:21, 23; 22:1-2:
1. Al tomar a Cristo como nuestra ofrenda por las transgresiones, debemos hacer una confesión cabal de todos nuestros pecados e impurezas a fin de tener una conciencia buena y pura—Hch. 24:16; 1 Ti. 1:5, 19; 3:9; 2 Ti. 1:3; He. 9:14; 10:22.
  2. Si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel en Su Palabra para perdonarnos de todos nuestros pecados, y es justo en Su redención para limpiarnos de toda injusticia; además, Cristo como nuestro Hermano mayor es nuestro Abogado con el Padre a fin de restaurar nuestra comunión con el Padre que había sido interrumpida, para que permanezcamos en el disfrute de la comunión divina—1 Jn. 1:7, 9; 2:1-2.
  3. La purificación que nos proporciona la sangre de Jesús el Hijo de Dios resuelve el problema de separación que tenemos con Dios, el problema de culpa en nuestra conciencia y el problema de las acusaciones de Satanás, capacitándonos así para tener una vida diaria llena de la presencia de Dios—Sal. 103:1-4, 12-13; 32:1-2; Ap. 12:10-11.
  4. Tomar a Cristo como nuestra ofrenda por las transgresiones con la confesión de nuestros pecados bajo la luz divina es la manera de beber a Cristo como el agua viva para que nosotros lleguemos a ser la Nueva Jerusalén—Jn. 4:14-18.
  5. Tomar a Cristo como la ofrenda por las transgresiones para recibir el perdón de los pecados resulta en que temamos a Dios y amemos a Dios—Sal. 130:4; Lc. 7:47-50.
- IV. Mientras disfrutamos a Cristo en la comunión divina, continuamente experimentamos en nuestra vida espiritual un ciclo de cuatro cosas cruciales: la vida eterna, la comunión de la vida eterna, la luz divina y la sangre de Jesús el Hijo de Dios; tal ciclo nos hace que crezcamos más en la vida divina hasta que alcancemos la

madurez de vida, a fin de que lleguemos de forma corporativa a un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo—1 Jn. 1:1-9; He. 6:1; Ef. 4:13.

## MENSAJE UNO

### LA COMUNIÓN DE LA VIDA ETERNA: LA REALIDAD DE VIVIR EN EL CUERPO DE CRISTO

Oración: Señor Jesús, te amamos. Te damos este entrenamiento. Ahora mismo te tomamos como nuestro holocausto. En Ti como nuestro holocausto, te consagramos nuestro espíritu, alma y cuerpo. Señor, nos consagramos a Ti para este entrenamiento. Abrimos todo nuestro ser a Ti sin reservas. Oramos pidiéndote que abras nuestros oídos para escuchar lo que Tú nos estás hablando. Abre nuestros ojos para que veamos Tu revelación actual. Oramos pidiéndote que seas el Mensajero de parte de Dios y también Aquel en nosotros que anuncia el mensaje. Abrimos nuestro ser para que Tú nos anuncies la vida eterna y la luz divina. Oramos pidiéndote que nos permitas tener comunión con el Padre y con Su Hijo, Jesucristo, y también unos con otros. Querido Señor, muéstranos la comunión de la vida eterna. Introdúcenos en la realidad de lo que es vivir en el Cuerpo de Cristo. Te amamos, Señor. Te damos gracias por la misericordia que has tenido con cada uno de nosotros. Gracias por pastorearnos durante toda nuestra vida hasta este momento. Gracias por guardarnos y mantenernos en Tu recobro. Simplemente decimos: “Todo es misericordia”. Señor Jesús, te amamos, te alabamos, te agradecemos y te adoramos. Te damos el primer lugar en nuestro ser, en cada reunión de este entrenamiento y en cada parte de nuestra vida. ¡Jesús es el Señor!

En estos mensajes deseamos ver los cristales principales contenidos en las epístolas de Juan. Después de leer estas epístolas, nos damos cuenta de que son muy misteriosas. En 1 Juan 1:1 vemos un comienzo muy particular: “Lo que era desde el principio”. Esta frase indica que éste es un libro muy misterioso. En el Evangelio de Juan, él empieza diciendo: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios” (1:1). La frase *en el principio* nos remite a la eternidad pasada antes de la creación. Antes de la creación el Verbo estaba allí, y el Verbo era Dios. La Primera Epístola de Juan es una continuación de su evangelio, pero en vez de decir: “En el principio”, dice: “Lo que era

desde el principio”. Lo que era desde el principio es el Verbo de vida (v. 1), y el Verbo de vida es la vida eterna (v. 2). Esta vida eterna emana desde el principio y sigue avanzando hoy en nuestro ser. La expresión *desde el principio* significa que la vida eterna avanza desde la creación al “puente” del tiempo, y continúa en el milenio y va hasta la eternidad en el futuro. Esta vida ahora circula en nuestro ser.

El título de este mensaje es: “La comunión de la vida eterna: la realidad de vivir en el Cuerpo de Cristo”. Si deseamos llegar a la cumbre de la revelación divina y llevar el vivir corporativo del Dios-hombre, que es la realidad de vivir en el Cuerpo de Cristo, debemos ver y entrar de una manera más intrínseca y más profunda en la comunión de la vida eterna. La carga principal de estos mensajes puede resumirse en las siguientes afirmaciones:

- (1) La comunión de la vida eterna, que es el fluir de la vida eterna dentro de los creyentes, es la realidad de la vida que llevamos en el Cuerpo de Cristo.
- (2) Llegamos a conocer al Dios Triuno al experimentarlo y disfrutarlo como Aquel que mora en nuestro espíritu y que desea extenderse en nuestro corazón.
- (3) Es por la unción del Espíritu compuesto y todo-inclusivo, quien es la esencia de la Trinidad Divina, que conocemos y disfrutamos al Padre, al Hijo y al Espíritu como nuestra vida y suministro de vida.
- (4) El Hijo de Dios nos ha dado entendimiento para conocer al Verdadero, el Dios genuino y real, y ser uno con Él orgánicamente en Su Hijo Jesucristo, quien es la vida eterna para nosotros.

Quisiera mencionarles una vez más que 1 Juan es una epístola muy misteriosa. Veremos, a medida que avancemos mensaje tras mensaje, que hay siete misterios principales en 1 Juan. Estos siete misterios son: 1) el misterio de la vida divina, 2) el misterio de la comunión de la vida divina, 3) el misterio de la unción del Dios Triuno, 4) el misterio de permanecer en el Señor, 5) el misterio del nacimiento divino, 6) el misterio de la simiente divina y 7) el misterio del agua, la sangre y el Espíritu. Luego, en el último mensaje, veremos los siete resultados de estos siete misterios.

Este libro es muy profundo y significativo. Por consiguiente, debemos preguntarnos cuál es la clave para tener acceso a los escritos de Juan. La clave sencillamente consiste en amar a Dios y amar a todos los

hermanos. Debemos consagrarnos para amar al Señor Jesús y para amar a todos los hermanos. Si hacemos un estudio de la palabra *amor* en el Evangelio de Juan, en sus epístolas y en el libro de Apocalipsis, veremos que Juan en todos sus escritos nos habla de amar a Dios —que es lo mismo que amar al Señor Jesús— y de amar a todos los hermanos.

¿Por qué digo que la clave es amar al Señor y amar a los hermanos? En este mensaje veremos que la comunión tiene un aspecto tanto vertical como horizontal. En este momento podemos tener comunión en el aspecto vertical. Cuando estamos en nuestro espíritu encontramos una escalera, la cual trae los cielos a la tierra y une la tierra con los cielos (Gn. 28:12), mediante la cual podemos tener comunión con el Padre y con Su Hijo, Jesucristo. También podemos tener comunión unos con otros; éste es el aspecto horizontal de la comunión. Es maravilloso tener esta clase de comunión: la comunión vertical con el Dios Triuno y la comunión horizontal unos con otros. En esta comunión, el Dios Triuno fluye a nosotros, y también fluye de nosotros hacia otros. Al mismo tiempo Él está fluyendo entre los creyentes, y nosotros, los creyentes, estamos fluyendo de vuelta a Él. Estamos disfrutándole, Él nos está disfrutando a nosotros, yo lo disfruto a usted y usted me disfruta a mí.

¿Qué significa que amemos a Dios? Amar a Dios es disfrutarle. Necesitamos disfrutar a Dios en este entrenamiento. Disfrutar a Dios es también escucharle. Cuando amamos a Dios, le escuchamos. Cuando amamos a Dios, le disfrutamos. Disfrutar a Dios es, por tanto, escuchar a Dios, verle, aprehenderle, recibirle, comerle, beberle, digerirle y asimilarle. Ésta es la manera correcta de entender la Primera Epístola de Juan. No debemos tratar de entenderla con nuestra mente natural, pues ésta excede nuestro entendimiento natural. Debemos orar diciendo: “Señor, te amo; puesto que te amo, deseo verte, deseo aprehenderte, deseo recibirte, deseo comerte, deseo beberte y deseo digerirte. Deseo ser lleno de Ti”. En esto consiste amar a Dios. ¿Qué significa, entonces, amarnos unos a otros? Amarnos unos a otros corresponde al aspecto horizontal de la comunión. Amarnos unos a otros es ministrarnos, impartirnos, mutuamente a Dios.

En 1 Corintios 2:9 Pablo dice: “Antes bien, como está escrito: ‘Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman’”. Necesitamos amarlo durante este entrenamiento y por el resto de nuestra vida. En el versículo 10 Pablo añade: “Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades

de Dios”. Esto significa que cuando ejercitamos nuestro corazón y decimos: “Señor Jesús, te amo”, y ejercitamos nuestro espíritu para contactarlo, el Espíritu divino se activa en nosotros, explora las profundidades de Dios con respecto a Cristo como la comunión de la vida divina y nos revela a Cristo como el fluir de la vida eterna del cual podemos participar, experimentar y disfrutar, a fin de entrar en la realidad de lo que es vivir en el Cuerpo de Cristo.

Juan 21:15-17 dice:

Entonces, cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; Tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta Mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; Tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea Mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta Mis ovejas.

El hermano Lee nos compartió en su comunión en cuanto a los grupos vitales que la clave para entender el Evangelio de Juan es el pastoreo. Según estos versículos, el pastoreo es el resultado de nuestro amor por el Señor; el pastoreo es amarnos unos a otros al alimentarnos unos a otros. El Señor le preguntó a Pedro tres veces: “¿Me amas?”. Pedro le respondió, diciendo: “Señor, Tú sabes que te amo”. La manera en que el Señor le respondió fue: “Apacienta Mis corderos”, “Pastorea Mis ovejas” y “Apacienta Mis ovejas”. En esto consiste amar a Dios a fin de que Él se infunda en nosotros, y amarnos los unos a los otros a fin de impartirnos a Dios. Éste es el aspecto vertical de la comunión que tenemos con Dios, el cual nos lleva a amar al Señor Jesús, y el aspecto horizontal de la comunión que tenemos unos con otros, el cual nos lleva a pastorearnos unos a otros a fin de introducirnos en la comunión vertical con el Dios Triuno en el Lugar Santísimo, donde disfrutamos a Dios el Padre como amor y luz para experimentar al Dios Triuno de la manera más profunda y rica. Ésta es la clave que nos da acceso a los escritos de Juan.

Juan 13:34-35 dice: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como Yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois Mis discípulos, si tenéis amor los unos con los otros”. Tal vez seamos de diferentes razas y culturas,

pero nos amamos unos a otros en el Dios Triuno. Por tanto, cuando la gente nos ve, dicen: “Ciertamente éstos son los discípulos del Señor”. De manera que tenemos la comunión vertical con Dios, pues amamos a Dios, y también tenemos la comunión horizontal unos con otros, pues nos amamos mutuamente con Dios como nuestro amor.

En 1 Juan 4:7-8 se nos dice: “Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor”. Los versículos del 19 al 20 dicen: “Nosotros amamos, porque Él nos amó primero. Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto no puede amar a Dios a quien no ha visto”. Esto es maravilloso. Él nos amó, y nosotros le amamos porque Él nos amó primero. Él se infundió como amor en nosotros, y luego llega a ser el amor con el cual nosotros le amamos a Él y nos amamos unos a otros. Conforme al aspecto vertical de la comunión nosotros le amamos a Él, y conforme al aspecto horizontal de la comunión nosotros nos amamos unos a otros.

Apocalipsis 2:4 dice: “Tengo contra ti que has dejado tu primer amor”. Aquí Juan declara que la raíz de la degradación de la iglesia fue que ésta abandonó al Señor como su primer amor. Pero cuando nosotros le damos a Él la preeminencia, el primer lugar, en cada parte de nuestro ser y en cada parte de nuestro vivir, Él llega a ser nuestro primer amor, y es entonces que llegamos a ser corporativamente la iglesia del amor fraternal (3:7). Así, lo amamos a Él, lo cual hace referencia al aspecto vertical de la comunión, y nos amamos unos a otros, lo cual hace referencia al aspecto horizontal. Consagrémonos, pues, a amar y disfrutar a Dios y a ministrarnos e infundirnos a Dios los unos a los otros.

Hace poco escribí un artículo para la revista *Affirmation & Critique* [Afirmación y Crítica], y como parte de la investigación tuve que leer algunos de los escritos de Agustín. Él dice: “Disfrutar a Dios es lo único que a la postre nos puede hacer feliz”. También dice: “Si tratamos de encontrar la verdadera felicidad disfrutando de algo que no es Dios, esto nos hará sentir miserables” (*Affirmation & Critique*, abril 2007, pág. 38). Agustín también dice que el amor es el motivo y la regla que debe regir la interpretación de las Escrituras. En otras palabras, leemos y estudiamos las Escrituras con el fin de amar, ver, disfrutar, comer, digerir, aprehender y recibir a Dios.

**LAS EPÍSTOLAS DE JUAN (ESPECIALMENTE SU PRIMERA EPÍSTOLA)  
DESPLIEGAN EL MISTERIO DE LA COMUNIÓN DE LA VIDA ETERNA**

Las epístolas de Juan (especialmente su primera epístola) despliegan el misterio de la comunión de la vida eterna (1 Jn. 1:3-4, 6-7). La palabra griega que se traduce *comunión* significa “participación mutua”. Significa que nosotros participamos en Dios y participamos de Dios para nuestro disfrute. Cuando tenemos comunión genuina, disfrutamos al Dios Triuno y el Dios Triuno nos disfruta; más aún, en nuestra comunión, también disfrutamos a todos los creyentes y los creyentes nos disfrutaban a nosotros. Esto es maravilloso. En el mundo podrá haber fiestas, las cuales son carnales o a lo más anímicas, pero nuestras reuniones son las verdaderas fiestas divinas y místicas. *Himnos*, #379 dice: “¡Qué contento en Su huerto estoy / Donde por Su gracia crezco hoy!”. Es muy difícil cantar este himno cuando uno está solo; pero cuando estamos con los hermanos y hermanas resulta tan fácil decir: “¡Qué contento en Su huerto estoy!”. Esto se debe a que disfrutamos a Dios, y Dios nos disfruta a nosotros; también nos disfrutamos los unos a los otros en Dios, y disfrutamos a Dios en cada uno de nosotros. Salmos 16:3, el cual trata sobre Cristo en Su vivir humano, dice: “Para los santos que están en la tierra, / y para los íntegros es toda mi complacencia”. Esto nos muestra que somos Su disfrute.

Lucas 1:41-44 dice: “Aconteció que cuando oyó Elisabet la salutación de María, la criatura saltó en su vientre; y Elisabet fue llena del Espíritu Santo, y alzó la voz en una gran exclamación, y dijo: ¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Por qué se me concede esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, he aquí, cuando llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura dio saltos de júbilo en mi vientre”. El precursor del Señor, Juan el Bautista, aun antes de nacer saltó de júbilo en el vientre de Elisabet. Ellas eran dos hermanas que estaban a punto de dar a luz. Cuando dos hermanas que están por dar a luz se reúnen, la tendencia es hablar de temas tales como la ropita del bebé, pero Elisabet y María no hicieron esto. Cuando María saludó a Elisabet, ambas se hablaron con la Palabra. En especial, María estaba llena de la Palabra. Tal vez nos preguntemos qué relación tiene esto con el tema de la comunión. Pues bien, nosotros somos “madres” que tienen al Señor Jesús adentro. Cuando nos reunimos, algo dentro de nosotros salta. Este salto dentro de nosotros es la comunión que surge de manera espontánea.

**La comunión es el fluir de la vida eterna  
dentro de los creyentes, representada por el fluir  
del agua de vida en la Nueva Jerusalén;  
la realidad del Cuerpo de Cristo, la vida de iglesia actual,  
es el fluir del Señor Jesús dentro de nosotros,  
y Éste que fluye debe tener la preeminencia dentro de nosotros**

La comunión es el fluir de la vida eterna dentro de los creyentes, representada por el fluir del agua de vida en la Nueva Jerusalén; la realidad del Cuerpo de Cristo, la vida de iglesia actual, es el fluir del Señor Jesús dentro de nosotros, y Éste que fluye debe tener la preeminencia dentro de nosotros (1 Juan 1:2-4; Ap. 22:1; Col. 1:18b; cfr. Ez. 47:1). La comunión es semejante a la circulación sanguínea de nuestro cuerpo. Podemos decir que el Espíritu, quien está en todos nuestros espíritus, es la “sangre” del Cuerpo de Cristo. Puesto que la vida está en la sangre, el Espíritu que está en el Cuerpo de Cristo es la vida del Cuerpo. La circulación de la sangre en mi cuerpo físico —que es un cuadro del Cuerpo de Cristo— es la comunión que opera dentro de mi cuerpo físico. La circulación de la sangre es muy rápida y llega a cada miembro. Estoy muy contento de que la sangre esté circulando en mí ahora mismo. Esta circulación nunca se detiene, y si llegara a detenerse, eso sería una emergencia médica. Nunca se salga de la comunión de vida en su localidad. No queremos que haya ninguna clase de aislamiento entre nosotros y el Señor. Debemos orar, diciendo: “Señor, perdóname por limitar de algún modo Tu fluir en mí. Abro todo mi ser a Ti. Deseo que Tú fluyas en mí con libertad. No quiero limitarte ni estorbarte; no deseo que haya ningún tipo de aislamiento o separación entre Tú y yo, y no quiero de ninguna manera limitar Tu fluir”.

El fluir de la electricidad es otro ejemplo muy bueno de lo que es la comunión. Las luces de este edificio son uno al resplandecer puesto que participan de una sola circulación de electricidad. No queremos que nada detenga el fluir de la electricidad divina y mística del Dios Triuno en nuestro ser. Apocalipsis 22:1-2 dice: “Y me mostró un río de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero, en medio de la calle. Y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida”. La palabra *salía* en este versículo hace referencia a la comunión. Estoy tan contento de que este río todavía sigue fluyendo. Este río sale del trono de Dios y del Cordero y fluye en medio de la calle de oro, que es la naturaleza divina de Dios. Y a uno y otro lado de

este río está el árbol de la vida. Esto nos muestra que la comunión es el fluir del río de agua de vida en nuestro ser.

Ezequiel 47:1 dice: “Me hizo volver luego a la entrada de la casa. Y vi que salían aguas por debajo del umbral de la casa hacia el oriente, porque la fachada de la casa estaba al oriente; y las aguas descendían por debajo, hacia el lado derecho de la casa, al sur del altar”. Este versículo es un versículo paralelo a Apocalipsis 22:1-2. Ezequiel 47:1 nos muestra que este río, este fluir de vida, sale de la casa de Dios y fluye hacia el oriente, hacia la gloria de Dios. El sol sale por el oriente; ésa es la dirección de la gloria de Dios. Si el fluir de vida ha de estar presente en nosotros al máximo y de manera intensificada, debemos tener una aspiración profunda que nos lleve a decir: “Señor Jesús, estoy aquí para Tu gloria”. El fluir de vida tiene como objetivo la gloria de Dios; no la expresión de nosotros mismos, sino la expresión de Dios. Además, este fluir en Ezequiel sale del lado derecho de la casa. En Apocalipsis el fluir sale del trono. Tenemos que comprender que Cristo en un sentido práctico, el Cristo presente, el precioso Cristo, es, de hecho, Su presencia en Su fluir. Cuando Él fluye en nosotros, tenemos Su presencia preciosa, concreta, presente, querida, disponible, maravillosa e íntima. Éste es el fluir de la vida eterna en nosotros y por medio de nosotros en un sentido personal y también entre nosotros en un sentido corporativo.

Debemos darle la preeminencia a este fluir. Si no tenemos el fluir interior del Cristo presente para hacer algo en particular, para ir a algún lugar o para decir algo, debemos detenernos. Pero si el fluir nos mueve a hacerlo, nos unge y nos constriñe a ir allí por causa del evangelio o para emigrar allí, o nos dirige a ir a cierta escuela, entonces debemos seguir este fluir. En Hechos 16:6-7 “el Espíritu Santo [les prohibió a Pablo y sus colaboradores] hablar la palabra en Asia”. Entonces, “cuando llegaron a Misia, intentaron entrar en Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo permitió”. En dos ocasiones, mientras ellos se movían con el Señor, el fluir se detuvo y ellos también se detuvieron. Pero cuando siguieron al Espíritu para ir a Europa, así como nosotros vamos a hacerlo de una manera intensificada después de este entrenamiento, sintieron un gran fluir dentro de su ser. Tenemos que aprender a seguir el fluir interior. Esto es lo que significa darle a Él la preeminencia. Este fluir en Ezequiel 47:1 sale al sur del altar. El altar se refiere a la consagración. Espero que todos nosotros de una manera nueva y fresca tomemos a Cristo corporativamente como nuestro holocausto y nos

consagremos de manera absoluta para seguir el fluir de vida que está en nosotros.

**La comunión es el Dios Triuno que fluye:  
el Padre es la fuente de vida,  
el Hijo es el manantial de vida y el Espíritu es el río de vida;  
el resultado de este fluir es la totalidad de la vida eterna:  
la Nueva Jerusalén**

La comunión es el Dios Triuno que fluye: el Padre es la fuente de vida, el Hijo es el manantial de vida y el Espíritu es el río de vida; el resultado de este fluir es la totalidad de la vida eterna: la Nueva Jerusalén (Jn. 4:14b; Ap. 22:1-2). La comunión es lo que da sentido a todo el universo. La comunión es la esencia intrínseca de toda la Biblia. La comunión es el mismo Dios Triuno que fluye. El Señor Jesús dice: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le habrías pedido y Él te habría dado agua viva” (Jn. 4:10). Debemos decir: “Señor, vengo a Ti ahora mismo, dame de beber”. Él entonces nos dirá: “El que beba del agua que Yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que Yo le daré será en él una fuente de agua que brote para vida eterna” (v. 14). Cuando bebemos de Él, esta agua viene a ser en nosotros una fuente de agua que brota o salta para vida eterna. La palabra *para* en el versículo 14 significa “llegar a ser”. Cuando disfrutamos al Padre como la fuente de la vida, cuando disfrutamos al Hijo como la corporificación de la vida, el manantial de vida, la manifestación de la vida y la vida que brota, y cuando bebemos del Espíritu como el fluir de vida, la realidad de la vida, la aplicación de la vida, la vida que llega a nosotros y la corriente eléctrica de vida, entonces, el Dios Triuno que fluye entra en nosotros en Su fluir. Es al fluir Él en nosotros y al nosotros ser saturados de Él que llegamos a ser la Nueva Jerusalén.

**La comunión es el impartir del Dios Triuno:  
el Padre, el Hijo y el Espíritu,  
dentro de los creyentes como su porción y bendición únicas,  
a fin de que ellos las disfruten hoy y por la eternidad**

La comunión es el impartir del Dios Triuno: el Padre, el Hijo y el Espíritu, dentro de los creyentes como su porción y bendición únicas, a fin de que ellos las disfruten hoy y por la eternidad (1 Co. 1:9; 2 Co. 13:14; Nm. 6:22-27). La comunión es la impartición del Dios Triuno, la

circulación del Dios Triuno, la transmisión del Dios Triuno y la corriente del Dios Triuno. La comunión es el pulso espiritual de nuestra vida cristiana y de nuestra vida de iglesia, que consiste en que el Dios Triuno nos sea impartido. Es por eso que Pablo concluye 2 Corintios diciendo: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (13:14).

**La comunión indica la idea de dejar los intereses privados y de unirse a otros con un propósito común; por consiguiente, estar en la comunión divina es dejar a un lado nuestros intereses privados y unirnos con los apóstoles y con el Dios Triuno para que se lleve a cabo el propósito de Dios**

La comunión indica la idea de dejar los intereses privados y de unirse a otros con un propósito común; por consiguiente, estar en la comunión divina es dejar a un lado nuestros intereses privados y unirnos con los apóstoles y con el Dios Triuno para que se lleve a cabo el propósito de Dios (Hch. 2:42; 1 Jn. 1:3). Cuando disfrutamos al Dios Triuno que fluye, cuando Él circula dentro de nosotros, cuando nosotros le disfrutamos como la transmisión divina de la Trinidad Divina, espontáneamente renunciamos a nuestros intereses personales y participamos en los intereses del Dios Triuno. Estar en la comunión divina significa dejar a un lado nuestros intereses privados y unirnos con los apóstoles y con el Dios Triuno para llevar a cabo el propósito de Dios.

**La comunión proviene de la enseñanza; si enseñamos cosas equivocadas y diferentes de la enseñanza de los apóstoles, la enseñanza de la economía de Dios, nuestra enseñanza producirá una comunión que es sectaria y divisiva**

La comunión proviene de la enseñanza; si enseñamos cosas equivocadas y diferentes de la enseñanza de los apóstoles, la enseñanza de la economía de Dios, nuestra enseñanza producirá una comunión que es sectaria y divisiva (Hch. 2:42; 1 Ti. 1:3-6; 6:3-4; 2 Co. 3:8-9; 5:18). Hemos visto esto suceder en nuestra historia. Si algunos enseñan cosas diferentes, dichas enseñanzas producen una comunión sectaria, que no es la comunión genuina, ya que la comunión genuina nunca es sectaria. En mi cuerpo no existe una circulación “local”, es decir, una circulación

que se limite a sólo una parte del cuerpo; no hay una sangre “local”, que solamente circule en una parte de mi cuerpo. Si éste fuera el caso, estaría en serios problemas. No existe una sangre “regional” en mi cuerpo. Lo que sí existe en mi cuerpo es la circulación de la sangre, la cual incluye a cada uno de los miembros de mi cuerpo, o sea, a todo el cuerpo. De la misma manera, no existe un Espíritu local. No hay una comunión local. No hay una comunión regional. Únicamente existe la comunión de todo el Cuerpo de Cristo. Eso no significa que no tengamos comunión en nuestra localidad. No me malinterpreten. Es cierto que tenemos comunión en nuestra localidad y que también tenemos comunión en nuestra región geográfica, pero esa comunión debe ser la comunión única de todo el Cuerpo de Cristo.

Santos, podemos ver en 1 Timoteo que cuando algunos enseñaron cosas diferentes, cosas distintas a la enseñanza que es conforme a la piedad, sucedieron cosas terribles. En 1 Timoteo 6:3-5 se nos dice: “Si alguno enseña cosas diferentes, y no se conforma a las sanas palabras, las de nuestro Señor Jesucristo, y a la enseñanza que es conforme a la piedad, está cegado por el orgullo, nada sabe, y padece la enfermedad de cuestiones y disputas acerca de palabras, de las cuales nacen envidias, contiendas, calumnias, malas sospechas, constantes altercados entre hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia”. Aquellos que enseñan cosas diferentes están cegados por el orgullo, no saben nada y padecen la enfermedad de cuestionamientos. ¿Quién quiere padecer la enfermedad de cuestionamientos? Yo lo único que quiero es disfrutar al Señor en la comunión divina.

**La Primera Epístola de Juan revela los principios de la comunión divina; 2 Juan revela que no debemos tener comunión con los que niegan a Cristo; y 3 Juan revela que debemos permanecer en la única comunión de la familia de Dios al encaminar a los que viajan por el evangelio y el ministerio de la Palabra de una manera digna de Dios, y por medio de no querer ser el primero en la iglesia**

La Primera Epístola de Juan revela los principios de la comunión divina; 2 Juan revela que no debemos tener comunión con los que niegan a Cristo (vs. 7-11); y 3 Juan revela que debemos permanecer en

la única comunión de la familia de Dios al encaminar a los que viajan por el evangelio y el ministerio de la Palabra de una manera digna de Dios, y por medio de no querer ser el primero en la iglesia (vs. 5-10). Cuando estamos en la comunión, estamos en la esfera divina y mística. Allí no hay nada natural. En 2 Juan se nos revela que no debemos tener comunión con aquellos que niegan a Cristo. En 3 Juan se nos revela que debemos mantenernos en la única comunión de la familia de Dios al encaminar como es digno de Dios a los que viajan por causa del evangelio y del ministerio de la palabra, y al no amar ser el primero en la iglesia.

En 2 Juan 7-11 dice:

Muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo. Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de nuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo. Cualquiera que se extravía, y no permanece en la enseñanza de Cristo, no tiene a Dios; el que permanece en esta enseñanza, ése sí tiene al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros, y no trae esta enseñanza, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Regocíjate! Porque el que le dice: ¡Regocíjate! participa en sus malas obras.

Estos versículos se refieren a los que niegan la deidad gloriosa de Cristo. En otras palabras, se refiere a los que niegan que Jesús es Dios en la Deidad. A mí me encanta declarar: “¡Jesús es Dios! ¡Jesús es Dios!”. Nosotros apreciamos mucho el hecho de que nuestro Dios es el hombre Jesús. Este Dios-hombre glorificado es mi Señor y mi Dios (Jn. 20:28). En 2 Juan se nos dice que si alguno viene a nosotros y no trae esta enseñanza, no lo debemos recibir en nuestra casa. Hay gente así que acostumbra tocar a las puertas. Los Testigos de Jehová niegan la deidad de Cristo. Ellos niegan que Jesús es Jehová. Al respecto Juan dice: “No lo recibáis en casa”.

Un hermano una vez me dijo que en cierta ocasión cuando los Testigos de Jehová tocaron a su puerta y le dijeron: “Somos Testigos de Jehová”, él los miró fijamente a los ojos y les dijo: “Jesús es Jehová. Adiós”, y cerró la puerta. Esto es mantenerse en la comunión divina. No debemos pensar que esto es algo insignificante. Juan dice: “No lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Regocíjate! Porque el que le dice: ¡Regocíjate! participa en sus malas obras” (vs. 10-11). Lo que ellos hacen es

muy grave. La nota del versículo 11 dice: “Así como llevar a otros la verdad divina del Cristo maravilloso es una obra excelente (Ro. 10:15), así también extender la herejía satánica, la cual contamina la gloriosa deidad de Cristo, es una obra maligna. Esta herejía es una blasfemia y una abominación para Dios, y constituye también un daño y una maldición para el hombre. ¡Nadie que crea en Cristo y sea hijo de Dios debe tener participación alguna en esta maldad! ¡Hasta saludar a tal persona está prohibido! ¡Uno se debe apartar estricta y claramente de esta maldad!”.

Hay un hermano que verdaderamente es una columna y un verdadero ejemplo para mí. Él una vez compartió con nosotros que al comienzo de su vida cristiana se le acercaron unas personas que no creían en la deidad de Cristo y la negaban. Como era un creyente joven, los escuchó. Así que nos dijo que tardó muchos años para deshacerse completamente de todo ello. Incluso después de entrar a la vida de iglesia, requirió años para poder purificar esto de su ser. No debemos frecuentar a personas que niegan la deidad de Cristo.

En contraste con lo anterior, debemos sostener a los que viajan por causa del ministerio de la palabra. Debemos encaminarlos como es digno de Dios. Cuando nos sentimos conmovidos a ofrendar para apoyar el mover del Señor a Europa o dar ofrendas a las iglesias para los hermanos que viajan a fin de ministrarnos la palabra, debemos tener esto presente. Me siento muy contento de que al haber crecido en la vida de iglesia, llegué a tener esto presente. Me siento muy contento de que los hermanos mayores nos ayudaron a comprender que los que nos traen el evangelio y el ministerio de la palabra, sin aceptar nada de los gentiles, deben ser encaminados como es digno de Dios, y que la comunión también incluye nuestra contribución en bienes materiales. Ésta es la comunión de la gracia (2 Co. 8:4). Por ejemplo, si yo doy a alguien que viaja a Rusia con el propósito de predicar el evangelio y ministrar la palabra, entonces participo de todo lo que él hace. Aquello viene a ser también mi porción, y como dice en 3 Juan 8, vengo a ser colaborador en la verdad.

**LA COMUNIÓN DE LA VIDA ETERNA  
ES LA REALIDAD DE VIVIR EN EL CUERPO DE CRISTO  
EN LA UNIDAD DEL ESPÍRITU**

La comunión de la vida eterna es la realidad de vivir en el Cuerpo de Cristo en la unidad del Espíritu (1 Co. 10:16-18; Hch. 2:42; Ef. 4:3).

Debemos comprender que el recobro del Señor se lleva a cabo mediante esta comunión divina tanto en su aspecto vertical como horizontal. Ésta es la realidad de vivir en el Cuerpo de Cristo. Es por el fluir, la circulación, de la vida —Dios el Padre corporificado en Cristo el Hijo y hecho real para nosotros como el Espíritu que fluye en nuestro ser— que Cristo lo es todo para nosotros y que todas Sus riquezas llegan a ser nuestra experiencia. Es por el fluir de vida en nuestro ser que crecemos en la vida divina. Cuando el fluir de vida está presente, también se produce el crecimiento en vida, el cual redundará en la manifestación de nuestras funciones en vida con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo. En esto consiste el recobro del Señor. El recobro del Señor consiste en recobrar a Cristo como el todo para nosotros y en recobrar las funciones de todos los miembros del Cuerpo de Cristo mediante el fluir de la vida eterna en nuestro ser. Es también mediante esta comunión que experimentamos la unidad del Cuerpo de Cristo. De hecho, la unidad es esta comunión. Lo que une las luces de este edificio es el fluir de la electricidad; en ello radica la unidad de las luces. La unidad de mi cuerpo físico, lo que mantiene mi cuerpo unido y a todos los miembros conectados, es la circulación de la sangre. Es por eso que “aprecio el dulce fluir” (*Himnos*, #222) de la vida divina. Este fluir, esta comunión, de la vida eterna en nosotros es nuestra unidad. El recobro del Señor consiste en recobrar la unidad genuina del Cuerpo de Cristo.

**Entramos en el aspecto vertical de la comunión divina  
por el Espíritu divino, el Espíritu Santo;  
este aspecto de la comunión se refiere  
a nuestra comunión con el Dios Triuno  
cuando lo amamos a Él**

Entramos en el aspecto vertical de la comunión divina por el Espíritu divino, el Espíritu Santo; este aspecto de la comunión se refiere a nuestra comunión con el Dios Triuno cuando lo amamos a Él (2 Co. 13:14; 1 Jn. 1:3, 6; Mr. 12:30). Es por esto que en la palabra de introducción dije que tenemos que amar a Dios. Debemos agradecerle al Señor por darnos el mandamiento de amarlo a Él (Mr. 12:30). Debemos orar, diciendo: “Señor, infúndeme Tu amor. Constríñeme con Tu amor para que te ame con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi mente y con todas mis fuerzas”. Éste es el aspecto vertical de la comunión divina.

**Entramos en el aspecto horizontal de la comunión divina  
mediante el espíritu humano; este aspecto de la comunión  
se refiere a la comunión que tenemos unos con otros  
al ejercitar nuestro espíritu al amarnos unos a otros**

Entramos en el aspecto horizontal de la comunión divina mediante el espíritu humano; este aspecto de la comunión se refiere a la comunión que tenemos unos con otros al ejercitar nuestro espíritu al amarnos unos a otros (Fil. 2:1; Ap. 1:10; 1 Jn. 1:2-3, 7; 1 Co. 16:18; Mr. 12:31; Ro. 13:8-10; Gá. 5:13-15). Mediante nuestro espíritu humano podemos disfrutar del aspecto horizontal de la comunión unos con otros. Hermanos y hermanas, no podemos estar en la comunión de la vida divina en su aspecto horizontal a menos que ejercitemos nuestro espíritu. Si no ejercitamos nuestro espíritu, no podremos amarnos unos a otros conforme al aspecto horizontal de la comunión. Es por ello que en 2 Timoteo 1:6 se nos dice que debemos avivar “el fuego del don de Dios” que está en nosotros. Este don de Dios es nuestro espíritu regenerado, el cual Dios nos dio, nuestro espíritu humano fortalecido con el Espíritu divino. Esto es lo que nos ha sido dado, y debemos avivar el fuego de este espíritu.

En el siguiente versículo Pablo dice: “No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de cordura” (v. 7). Otro hermano una vez compartió que el poder y la cordura aquí son como los dos panes de un emparedado. Pero sin el amor ¿qué contenido tendría? El elemento crucial es el amor. Tal vez usted sea una persona muy poderosa y cuerda, pero si le falta el amor, cuando otros se dirijan a usted se sentirán intimidados. Ciertamente necesitamos el poder y la cordura, pero necesitamos ejercitar nuestro ferviente espíritu de amor a fin de conservar nuestra comunión horizontal unos con otros.

En Gálatas 5 Pablo nos dice que debemos servirnos por amor los unos a los otros como esclavos (v. 13). De lo contrario, si no nos servimos unos a otros como esclavos y si no ejercitamos nuestro espíritu para amarnos unos a otros, nos mordremos y devoraremos unos a otros. Por este motivo, Pablo dice: “Mirad que también no os consumáis unos a otros” (v. 15). Decimos “¡No!” a mordernos, devorarnos y consumirnos unos a otros; y decimos “¡Sí!” y “¡Amén!” a amarnos unos a otros en el aspecto horizontal de la comunión. En Gálatas Pablo concluye diciendo: “La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu, hermanos. Amén” (6:18). Nuestro espíritu es un país donde

impera la gracia, mientras que nuestra mente es un país donde imperan las disputas. No debemos permanecer en el país donde abundan las disputas, sino más bien, entrar en el país donde está la gracia, a saber, nuestro espíritu.

**La comunión divina, la cual es única,  
es una comunión entrelazada: a saber,  
la comunión horizontal está entrelazada  
con la comunión vertical**

La comunión divina, la cual es única, es una comunión entrelazada: a saber, la comunión horizontal está entrelazada con la comunión vertical. Al participar en los aspectos vertical y horizontal de la comunión, el Dios Triuno procesado y consumado —quien es el Espíritu todo-inclusivo, vivificante y siete veces intensificado— es entrelazado en nuestro ser. Este entrelazamiento produce el segundo vestido mencionado en Salmos 45:14. El primer vestido, el cual se menciona en el versículo 13, es para nuestra justificación. Este vestido es Cristo como nuestra justicia, la justicia que satisface a Dios, la cual nos viste de Él para nuestra justificación. Pero además de este vestido, necesitamos un segundo vestido, un vestido de boda, el cual es Cristo como nuestro vestido bordado. La aplicación de esto es que, poco a poco, a medida que tenemos comunión con el Padre y con Su Hijo Jesucristo, Él se infunde en nosotros como amor. Esto entonces redundante en que tengamos comunión en el aspecto horizontal al ejercitar nuestro espíritu de amor para prodigarnos unos a otros un cuidado tierno. Cuando hacemos esto, Cristo es bordado en nuestro ser puntada tras puntada. Éste es Su bordado divino y místico, que a veces nos causa algunos dolores; sin embargo, lo que está siendo bordado en nosotros es nada menos que el glorioso y maravilloso Dios Triuno.

*La experiencia inicial de los apóstoles  
era la comunión vertical con el Padre  
y con Su Hijo Jesucristo, pero cuando ellos anunciaron  
a otros la vida eterna, experimentaron el aspecto horizontal  
de la comunión divina*

La experiencia inicial de los apóstoles era la comunión vertical con el Padre y con Su Hijo Jesucristo, pero cuando ellos anunciaron a otros la vida eterna, experimentaron el aspecto horizontal de la comunión divina (1 Jn. 1:2-3; cfr. Hch. 2:42). Me encantan estas dos palabras

mencionadas en 1 Juan 1:3: *visto* y *oído*. Juan dice: “Lo que hemos visto y oído”. Cada día debemos orar, diciendo: “Señor, abre mis oídos para escucharte y mis ojos para verte”. Cuando nos toca anunciar, lo principal es lo que vemos. Uno sólo puede anunciar lo que ha visto y oído. En nuestra experiencia primero oímos y luego vemos; pero luego, cuando tenemos que anunciar, somos enviados a abrir los ojos de la gente. Es por eso que anunciamos lo que hemos visto y oído para que aquellos que reciban nuestro anuncio puedan oír y ver, y a la vez, anunciar a otros lo que han visto y oído. El anuncio que recibimos primero nos lleva a disfrutar a Cristo como el Mensajero de Dios y después nos convierte en mensajeros de Dios que imparten a otros mensajes frescos del Dios Triuno.

*La comunión horizontal con los santos nos introduce  
en la comunión vertical con el Señor;  
entonces, nuestra comunión vertical  
con el Señor nos introduce en la comunión horizontal  
con los santos*

La comunión horizontal con los santos nos introduce en la comunión vertical con el Señor; entonces, nuestra comunión vertical con el Señor nos introduce en la comunión horizontal con los santos. En realidad ésta es nuestra experiencia. Algunas veces puede ser que perdamos la comunión vertical y no sintamos el fluir de vida en nuestro ser. En ese momento podemos recibir la comunión horizontal y, de inmediato, seremos traídos de regreso a la comunión vertical; éstos dos aspectos de la comunión son inseparables. A veces quizás nos sintamos deprimidos y pensemos que no podemos salir de nuestra condición, pero en ese momento un santo nos llama. Por medio de esta comunión horizontal vemos todo con claridad y somos introducidos de nuevo en la comunión vertical.

Otras veces nuestra comunión vertical con el Señor nos introduce en la comunión horizontal con los santos. Cuando disfrutamos verdaderamente el fluir del Padre y el Hijo en nuestro ser por medio de la comunión divina en nuestro tiempo personal con Él, algo en nuestro interior dice: “Quiero ver a los santos. Quiero estar en una reunión. Oh, Señor Jesús, gracias por darme este mensaje. Gracias que has abierto mis ojos para verte en este aspecto, y que has abierto mis oídos para oírte en esto en particular. Señor, habla en mí para que al ser uno

contigo pueda anunciar algo de Ti a los santos por medio de la comunión horizontal”.

*Debemos mantener tanto el aspecto vertical como el horizontal de la comunión divina a fin de estar espiritualmente sanos*

Debemos mantener tanto el aspecto vertical como el horizontal de la comunión divina a fin de estar espiritualmente sanos (cfr. 1 Jn. 1:7, 9).

### **La comunión divina es todo en la vida cristiana**

*Cuando la comunión desaparece, Dios también desaparece; Dios viene como la comunión*

La comunión divina es todo en la vida cristiana. Cuando la comunión desaparece, Dios también desaparece; Dios viene como la comunión (2 Co. 13:14; Ap. 22:1). Cuando no hay comunión, Dios no está allí. Si no está el fluir de la electricidad, en ese momento no habrá electricidad. No se puede tener la electricidad aparte del fluir de la electricidad. Si se desactiva el interruptor, no habrá electricidad. Asimismo, cuando la comunión desaparece, Dios también desaparece.

*En esta comunión divina Dios se entreteje con nosotros; este entretejer es la mezcla de Dios y el hombre a fin de introducir el elemento constituyente divino en nuestro ser espiritual a fin de que crezcamos y seamos transformados en vida*

En esta comunión divina Dios se entreteje con nosotros; este entretejer es la mezcla de Dios y el hombre a fin de introducir el elemento constituyente divino en nuestro ser espiritual a fin de que crezcamos y seamos transformados en vida (Lv. 2:4-5).

*La comunión divina nos compenetra, temple, regula, armoniza y mezcla juntos en un solo Cuerpo*

La comunión divina nos compenetra, temple, regula, armoniza y mezcla juntos en un solo Cuerpo (1 Co. 10:16-18; 12:24-25). Por medio de la comunión divina ocurre una mezcla. Esta comunión divina nos temple, nos corrige, nos armoniza y nos mezcla conjuntamente como una sola entidad. Por medio de la comunión obtenemos la preciosa, concreta, actual e íntima presencia del Dios Triuno. Es por medio de esta comunión divina y entretejada que se da la mezcla de Dios y el

hombre. También mediante esta comunión divina y entretejada se produce la compenetración con miras a la realidad del Cuerpo de Cristo.

**A FIN DE PERMANECER EN EL DISFRUTE DE LA COMUNIÓN DIVINA, NECESITAMOS TOMAR A CRISTO COMO NUESTRA OFRENDA POR EL PECADO A FIN DE ANULAR EL PECADO QUE MORA EN NUESTRA NATURALEZA, Y COMO NUESTRA OFRENDA POR LAS TRANSGRESIONES PARA TERMINAR CON LOS ACTOS PECAMINOSOS DE NUESTRA CONDUCTA**

A fin de permanecer en el disfrute de la comunión divina, necesitamos tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado a fin de anular el pecado que mora en nuestra naturaleza, y como nuestra ofrenda por las transgresiones para terminar con los actos pecaminosos de nuestra conducta (1 Jn. 1:8-9; 3:20-21; Lv. 4:3; 5:6; Jn 1:29; Ro. 8:3; 2 Co. 5:21; 1 P. 2:24-25). En 1 Juan 1 tenemos el Verbo de vida (v. 1), la vida eterna (v. 2) y la comunión de la vida eterna (v. 3). Mientras permanecemos en la comunión con el Padre y con Su Hijo Jesucristo —quien es el Espíritu vivificante en nuestro espíritu—, la vida fluye en nosotros. Entonces, al tener comunión unos con otros, fluirá la vida entre nosotros y de nosotros, y será impartida en otros. En el versículo 4 Juan dice: “Estas cosas os escribimos, para que nuestro gozo sea cumplido”. Cuando estamos en esta comunión, estamos llenos de gozo.

Luego, 1 Juan continúa mostrándonos que cuando la vida divina fluye en la comunión divina, también está presente la luz divina. La luz resplandece en nuestro ser, y entonces vemos nuestra verdadera condición; nos damos cuenta de que tenemos una naturaleza pecaminosa y que en nuestra conducta hemos cometido muchas transgresiones. Mientras andamos en esta luz divina, espontáneamente confesamos aquellos pecados que la luz puso de manifiesto. Mientras confesamos, la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado (v. 7).

El versículo 8 dice: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”. En este versículo la palabra *pecado* se refiere a nuestra naturaleza pecaminosa, mientras que la palabra *pecados*, mencionada en el versículo 9, se refiere a los pecados relacionados con nuestra conducta. El versículo 9 dice: “Si confesamos nuestros pecados”. Pecado es nuestra naturaleza, y de nuestra naturaleza pecaminosa proceden los pecados, los cuales son el fruto del pecado que mora en nosotros. Por supuesto, si confesamos estos pecados, “Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados,

y limpiarnos de toda injusticia” (v. 9). Sabemos que cuando Cristo fue crucificado en la cruz, Él fue hecho pecado por nosotros a fin de que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en Él (2 Co. 5:21), que Él llevó nuestros pecados sobre el madero (1 P. 2:24), y que quitó el pecado del mundo (Jn. 1:29). Éstos son los hechos eternos; pero éstos tienen que ser aplicados cada día a nuestra experiencia.

La secuencia de las ofrendas descritas en Levítico 1—5 es la siguiente: el holocausto, la ofrenda de harina, la ofrenda de paz, la ofrenda por el pecado y la ofrenda por las transgresiones. Cuando disfrutamos a Cristo como vida y Él fluye en nosotros, en realidad estamos contactando la vida del holocausto. En nuestra comunión vertical con Él, podemos tener contacto con Él y decirle: “Señor, te tomo como mi holocausto”. Por medio de esta comunión Él llega a ser nuestra entrega incondicional a Dios. Él es el único que lleva una vida entregada incondicionalmente a Dios. En realidad, la razón por la cual cometemos cada uno de nuestros pecados es que no vivimos entregados incondicionalmente a Dios. Todavía vivimos para nosotros mismos, y es por eso que pecamos contra Dios. Por tanto, debemos tomarlo a Él como nuestro holocausto, esto es, como nuestra entrega incondicional a Dios. Es entonces que podemos tomarlo como nuestra ofrenda de harina, o sea, como nuestro suministro. Esto a la vez nos introduce en comunión con Él como la ofrenda de paz. Él viene a ser nuestra paz para con Dios y también para con los hombres. Así, somos introducidos en la comunión con Dios quien es luz, y en esa luz Él viene a ser nuestra ofrenda por el pecado y nuestra ofrenda por las transgresiones. Ésta es la secuencia que se nos presenta en Levítico.

**El pecado es la naturaleza maligna de Satanás,  
quien se inyectó a sí mismo  
en el hombre mediante la caída de Adán,  
y que ahora se ha convertido  
en la naturaleza pecaminosa de iniquidad que mora,  
actúa y trabaja como una ley en el hombre caído**

El pecado es la naturaleza maligna de Satanás, quien se inyectó a sí mismo en el hombre mediante la caída de Adán, y que ahora se ha convertido en la naturaleza pecaminosa de iniquidad que mora, actúa y trabaja como una ley en el hombre caído (Ro. 5:12, 19a, 21a; 6:14; 7:11, 14, 17-23; Sal. 51:5; 1 Jn. 3:4; cfr. 2 Ts. 2:3, 7-8). Jamás debemos pensar que por el hecho de haber creído en el Señor o haber

experimentado algún crecimiento en la vida divina, ya hemos sido transformados y no tenemos más el pecado. Si decimos esto, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. No existe tal cosa como la erradicación del pecado, sino hasta que seamos plenamente glorificados. En ese momento el pecado será completamente eliminado, y todas las cosas negativas, incluyendo a Satanás y el pecado, estarán en el lago de fuego. Sin embargo, hoy en día, aunque ya fuimos regenerados y estamos siendo transformados, aún tenemos la carne. En Romanos 7 el pecado que mora en nuestra carne se halla personificado. Pablo dice que el pecado, que de hecho es Satanás mismo quien opera en nosotros mediante su naturaleza maligna, puede enseñorearse de nosotros, engañarnos y matarnos, y llevarnos a hacer lo que no queremos (vs. 1, 11, 15, 23). Ésta es la naturaleza maligna de Satanás que está en nuestra carne.

En el salmo 51 David, después de su terrible fracaso, tomó a Cristo como su ofrenda por el pecado y como su ofrenda por las transgresiones. Finalmente este salmo termina hablándonos de Cristo como nuestra entrega incondicional a Dios con miras a que Sión sea edificado. De manera que en el salmo 51 podemos ver las ofrendas. Después de experimentar semejante fracaso, David le dice a Dios: “En maldad he sido formado / y en pecado me concibió mi madre” (v. 5). Esto significa que la razón por la cual pecamos es que somos pecadores. Fuimos constituidos pecadores, concebidos en pecado.

Todo el mundo siente aprecio cuando ve un lindo bebecito; nadie señalaría con la mano a un bebé recién nacido y diría: “Ese bebé fue concebido en maldad; es un pecador”. Sin embargo, esto es un hecho verdadero. Nadie le tiene que enseñar a un niño a mentir. Nadie necesita recibir instrucciones en cuanto a cómo mentir, ya que todos tenemos el pecado en nuestra naturaleza. Cada vez que llegaba a casa y me daba cuenta de que mis hijos habían hecho algo malo, de inmediato ellos se señalaban el uno al otro y se echaban la culpa. Esto fue lo que sucedió en la caída; Adán culpó a Eva, y luego Eva culpó a la serpiente. La serpiente no tenía a quien culpar, pues era la fuente. El pecado es infracción de la ley. Esto significa que el pecado consiste en destronar a Dios. Dios debe estar en el trono en el centro de nuestro ser, pero cuando lo destronamos y nos sentamos nosotros en el trono, el resultado de ello es el pecado.

Muchos de nosotros podemos testificar que cuando el hermano Lee dio en la década de los ochenta una conferencia en cuanto a

experimentar a Cristo como las ofrendas con miras a las reuniones de la iglesia, dicha comunión cambió radicalmente nuestras vidas y nuestra vida de oración con el Señor. Él nos animó a tomar cada día al Señor como la realidad de todas nuestras ofrendas. Es muy precioso poder decir en la mañana: “Señor, te tomo como mi holocausto. Señor, reconozco que no soy una persona que vive entregado incondicionalmente a Ti, pero te tomo como Aquél que me capacita para vivir así. Te tomo como mi ofrenda de harina. Oh Señor, te tomo como Aquél que está saturado y mezclado con el aceite fresco del Espíritu, lleno del incienso de la resurrección, y que tiene la sal de la cruz sin la levadura de la ambición y sin la miel del afecto natural”. Por medio de esta clase de oración, toda la realidad de las ofrendas llega a ser nuestra. Entonces podemos orar: “Señor, te tomo como mi ofrenda de paz para tener paz con Dios y con los hombres”. Después de esto, lo podemos tomar como nuestras ofrendas por el pecado y por las transgresiones.

**Tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado significa que nuestro viejo hombre ha sido anulado, que el pecado en la naturaleza del hombre caído ha sido condenado, que Satanás como el pecado mismo ha sido destruido, que el mundo ha sido juzgado y que el príncipe de este mundo ha sido echado fuera**

Tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado significa que nuestro viejo hombre ha sido anulado (Ro. 6:6), que el pecado en la naturaleza del hombre caído ha sido condenado (8:3), que Satanás como el pecado mismo ha sido destruido (He. 2:14), que el mundo ha sido juzgado y que el príncipe de este mundo ha sido echado fuera (Jn. 12:31). Cuando Cristo murió en la cruz, una vez que fue hecho pecado por nosotros (2 Co. 5:21), Él puso nuestra naturaleza pecaminosa en la cruz, crucificó nuestro viejo hombre, condenó el pecado en la carne y destruyó a Satanás. También juzgó al mundo de Satanás y echó fuera a Satanás, el príncipe de este mundo. Cuando tomamos a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado de una manera subjetiva, todos estos hechos divinos son aplicados a nosotros en nuestra experiencia.

*La palabra príncipe en “el príncipe de este mundo” implica autoridad o poder y la lucha por el poder*

La palabra *príncipe* en “el príncipe de este mundo” implica autoridad o poder y la lucha por el poder (Lc. 4:5 8; cfr. Mt. 20:20-21, 24;

3 Jn. 9). Necesitamos tener presente que esta naturaleza pecaminosa, la naturaleza maligna de Satanás, está en nuestra carne. Necesitamos darnos cuenta de que estamos infectados de la naturaleza maligna del príncipe de este mundo. Por tanto, cuando no estamos en nuestro espíritu, sino en nuestro hombre natural, en nuestro viejo hombre, queremos ser el príncipe. Dentro de nosotros hay ambición; todos queremos ser el número uno. Cuando estamos en nuestra carne, queremos ser el primero. Ésta es nuestra naturaleza pecaminosa, la cual lucha por el poder. Diótfes era una persona que no vivía en su espíritu, por eso quería ser el primero entre los hermanos y hermanas (3 Jn. 9). Ésta es nuestra naturaleza pecaminosa.

En Mateo 20 la madre de Jacobo y Juan vino al Señor Jesús a pedirle: “Di que estos dos hijos míos se sienten uno a Tu derecha y otro a Tu izquierda en Tu reino” (v. 21). Las madres son ambiciosas en lo referido a sus hijos. Era como si le estuviera diciendo al Señor: “Tú eres el Rey del universo. Haz a Juan presidente de la compañía, y haz a Jacobo gerente general. Pon a uno a Tu derecha y al otro a Tu izquierda”. Cuando los otros diez oyeron esto, se indignaron (v. 24). Su ira se despertó porque deseaban haber pedido eso primero. La razón por la cual se enojaron era que todos ellos eran ambiciosos.

*La lucha por el poder es lo que resulta de la carne, el pecado, Satanás, el mundo y el príncipe de este mundo*

La lucha por el poder es lo que resulta de la carne, el pecado, Satanás, el mundo y el príncipe de este mundo (Gá. 5:16-17, 24-26).

*La ley del pecado en nuestra carne es el poder, fuerza y energía espontáneos para luchar contra Dios; la ley de la ofrenda por el pecado es la ley de la vida del Cristo pneumático a quien disfrutamos para que automáticamente y espontáneamente seamos librados de la ley del pecado*

La ley del pecado en nuestra carne es el poder, fuerza y energía espontáneos para luchar contra Dios; la ley de la ofrenda por el pecado es la ley de la vida del Cristo *pneumático* a quien disfrutamos para que automáticamente y espontáneamente seamos librados de la ley del pecado (Ro. 7:23; 8:2; Lv. 6:24-30; cfr. 7:1-10). Debemos darnos cuenta de que cada vez que deseamos llevar una vida en pro de Dios, algo dentro de nosotros se resiste. Ésta es la ley del pecado en nuestra naturaleza caída;

pero, en vez de luchar contra ella, debemos ejercitar nuestro espíritu y activar una ley más alta. Ésta es la ley de la ofrenda por el pecado, la cual es la ley de vida del Cristo *pneumático* —a quien disfrutamos—, la cual nos libra de la ley del pecado de forma automática y espontánea.

**Participamos de Cristo como nuestra ofrenda por el pecado  
en el sentido de que lo disfrutamos como nuestra vida,  
la vida que lleva los pecados de otros,  
a fin de que nosotros podamos llevar los problemas  
del pueblo de Dios al ministrarles a Cristo  
como la vida que elimina el pecado,  
a fin de que ellos sean guardados en la unidad del Espíritu**

Participamos de Cristo como nuestra ofrenda por el pecado en el sentido de que lo disfrutamos como nuestra vida, la vida que lleva los pecados de otros, a fin de que nosotros podamos llevar los problemas del pueblo de Dios al ministrarles a Cristo como la vida que elimina el pecado, a fin de que ellos sean guardados en la unidad del Espíritu (1 Jn 5:16; Lv. 10:17). Cuando tomamos a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado en nuestro tiempo personal con Él, somos capacitados para disfrutarlo como la vida que pone fin al pecado. Entonces, al contactar a otros, podemos ministrarles vida.

**Mediante nuestra comunión genuina, íntima, viviente y amorosa con Dios, quien es luz, nos daremos cuenta de que somos pecaminosos y tomaremos a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado y ofrenda por las transgresiones**

*Cuanto más amemos al Señor y lo disfrutemos,  
más conoceremos lo malvado que somos*

Mediante nuestra comunión genuina, íntima, viviente y amorosa con Dios, quien es luz (1 Jn 1:5; Col. 1:12), nos daremos cuenta de que somos pecaminosos y tomaremos a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado y ofrenda por las transgresiones. Cuanto más amemos al Señor y lo disfrutemos, más conoceremos lo malvado que somos (Is. 6:5; Lc. 5:8; Ro. 7:18). En Isaías 6:1 el profeta dijo: “Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime”. Luego dijo: “¡Ay de mí que soy muerto!” (v. 5). Una vez que vemos al Señor, nuestra vida natural es aniquilada. El profeta también se dio cuenta de que tenía labios inmundos y habitaba en medio de pueblo que tiene labios inmundos. Cuando Pedro tuvo contacto con el Señor, le dijo: “Apártate de mí,

Señor, porque soy hombre pecador” (Lc. 5:8). Cuanto más amemos al Señor y le disfrutemos, más nos percatemos de cuán pecaminosos somos.

*Darnos cuenta de que poseemos una naturaleza pecaminosa  
y tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado,  
causará que seamos juzgados y subyugados; darnos cuenta de esto  
nos preservará, ya que hará que no confiemos en nosotros mismos*

Darnos cuenta de que poseemos una naturaleza pecaminosa y tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado, causará que seamos juzgados y subyugados; darnos cuenta de esto nos preservará, ya que hará que no confiemos en nosotros mismos (Fil. 3:3; cfr. Éx. 4:6). Esto es muy precioso y positivo; cuando nos percatamos de que tenemos una naturaleza pecaminosa y tomamos a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado, nos damos cuenta: “No puedo tener ninguna confianza en mí mismo”. Confiar en nosotros mismos es el enemigo que nos impide depender de Dios. Pablo dijo: “Porque nosotros somos la circuncisión, los que servimos por el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne” (Fil. 3:3).

*El hombre, que fue creado por Dios con el propósito de expresarlo  
y representarlo, no debe ser para nada más que para Dios y  
debe ser absolutamente para Dios; por lo que,  
cualquier cosa que hagamos que proceda de nosotros mismos,  
sea bueno o malo, es para nosotros,  
y ya que no es para Dios sino para nosotros, es pecaminoso  
a los ojos de Dios; existir para el yo es pecado*

El hombre, que fue creado por Dios con el propósito de expresarlo y representarlo, no debe ser para nada más que para Dios y debe ser absolutamente para Dios; por lo que, cualquier cosa que hagamos que proceda de nosotros mismos, sea bueno o malo, es para nosotros, y ya que no es para Dios sino para nosotros, es pecaminoso a los ojos de Dios; existir para el yo es pecado (Gn. 1:26; Is. 43:7; Ro. 3:23). Nosotros fuimos creados para contener a Dios, para ser llenos de Dios y para expresar a Dios como vida. Es por el fluir de vida que somos llenos de las riquezas de Su vida y lo expresamos como vida. Es al ser llenos de Su vida mediante el fluir de la vida eterna que reinamos en vida. Ésta es la razón por la cual fuimos creados. Es por esto que no debemos buscar ninguna otra cosa que no sea Dios y que debemos vivir absolutamente

en pro de Dios. La razón por la cual cometemos pecados es que no vivimos incondicionalmente entregados a Dios. Es por esto que cada día debemos tomar a Cristo como nuestro holocausto. Todas estas ofrendas van juntas. Todo lo que hacemos en Dios y en comunión con Dios, es hecho para Dios; pero todo cuanto hacemos aparte de Dios y en nosotros mismos, es hecho para nuestro propio beneficio, y a los ojos de Dios eso es pecado. El pecado es vivir en pro del yo. Isaías 43:7 dice que fuimos creados, formados y hechos para expresar a Dios. Expresar a Dios significa no expresar el yo, no vivir en el yo, no estar en pro del yo y no manifestar el yo en nuestro vivir. En lugar de ello, expresar a Dios es disfrutar a Dios, estar llenos de Dios, estar en comunión con Dios y, de ese modo, expresarle.

En Mateo 16 después de que Pedro recibiera la revelación de Cristo y la iglesia, el Señor Jesús les dijo a los discípulos que Él tenía que sufrir y morir, y que sería resucitado. Inmediatamente Pedro le dijo: “¡Dios tenga compasión de Ti, Señor! ¡De ningún modo te suceda eso!” (v. 22). Algunas traducciones dicen: “Señor, ten compasión de Ti mismo”. Esto nos muestra que nuestro yo rehúsa ir a la cruz. El Señor iba a la cruz, y Pedro le decía: “Señor, ten compasión de Ti mismo; no hagas eso”. De ahí que el Señor mirara a Pedro y le dijera: “¡Quítate de delante de Mí, Satanás!” (v. 23). Ésa fue una tentación de Satanás para que Él protegiera Su yo, para que viviera en el yo y lo defendiera.

*Servir al Señor para beneficio nuestro es pecado;  
predicarnos a nosotros mismos es pecado*

Servir al Señor para beneficio nuestro es pecado; predicarnos a nosotros mismos es pecado (Nm. 28:2; 2 R. 5:20-27; Mt. 7:22-23; 2 Co. 4:5). Es posible servir al Señor en pro de nuestro yo; la gente acostumbra a hacer esto. Predicarnos a nosotros mismos es pecado. Pablo dice: “No nos predicamos a nosotros mismos” (2 Co. 4:5). Si una persona se predica a sí mismo, a la postre se convierte en un factor de división. Hemos visto esto en nuestra historia. Cuando una persona así pasa algún tiempo en cierto lugar y luego se va, deja a los santos en discordia y no en unidad. Esto se debe a que se predicaba a sí mismo y, como resultado, algunos se pusieron de su lado mientras que otros no. No estamos aquí para predicarnos a nosotros mismos; estamos aquí para predicar a Cristo Jesús, el Señor.

*Hacer obras justas, tales como dar limosna, orar y ayunar  
para beneficio propio a fin de expresarnos y  
hacer alarde de nosotros mismos es pecado*

Hacer obras justas, tales como dar limosna, orar y ayunar, para beneficio propio a fin de expresarnos y hacer alarde de nosotros mismos es pecado (Mt. 6:1-6). En 2 Reyes 5 Eliseo tenía un criado que se llamaba Giezi. Hubo un hombre llamado Naamán, que era general del ejército del rey de Siria. Éste era un gran hombre a los ojos de su amo, quien lo respetaba mucho; sin embargo, era leproso. Así que Naamán vino a Eliseo, y Dios lo sanó por medio de Eliseo. Entonces, Naamán le dijo a Eliseo: “Te ruego que recibas algún presente de tu siervo” (v. 15b), mas Eliseo no quiso aceptarlo. Él dijo: “No lo aceptaré” (v. 16). Esto lo hizo conforme a la dirección del Señor. Así que sencillamente le dijo: “Ve en paz”. Entonces, “Giezi, criado de Eliseo, el varón de Dios, pensó: Mi señor ha dejado marchar a este sirio, Naamán, sin aceptar de sus manos las cosas que había traído. ¡Vive Jehová, que correré tras él a ver si obtengo alguna cosa!” (v. 20). Esto es servir al Señor en beneficio propio, servir al Señor buscando alguna recompensa material. Por un lado, tenemos que encaminar a los siervos de Dios como es digno de Dios, pero, por otro, si servimos al Señor, no debemos buscar ningún tipo de recompensa material. Lo único que debemos hacer es ministrar a Dios a las personas. Cuando Giezi regresó a Eliseo, éste sabía lo que aquél había hecho, y Giezi se volvió leproso. Giezi servía al Señor primeramente en beneficio propio, pero nosotros no debemos hacer ningún acto justo en beneficio propio.

*Amar a otros para nosotros mismos  
(sea para nuestro nombre, posición, beneficio y orgullo)  
es pecado; criar a nuestros hijos para nuestro beneficio y  
nuestro futuro es pecado*

Amar a otros para nosotros mismos (sea para nuestro nombre, posición, beneficio y orgullo) es pecado; criar a nuestros hijos para nuestro beneficio y nuestro futuro es pecado (Lc. 14:12-14; cfr. 1 Co. 7:14). A veces las personas aman a otros pero en pro de ellas mismas. Tal vez sean filántropos; no obstante, es posible que hagan sus buenas obras con el fin de que su nombre quede escrito en la placa de un edificio; lo que desean es hacerse un nombre. Asimismo, es posible que usted sirva al Señor o ame a otros en beneficio propio. Por esto, el

Señor dice que cuando hagamos comida o cena en nuestra casa, llame-mos a los pobres (Lc. 14:12-14), y no aquellos que nos puedan recompensar.

En 1 Corintios 7:14 se nos dice: “El marido incrédulo es santificado por la mujer, y la mujer incrédula por el hermano; pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos, mientras que ahora son santos”. Nuestros hijos son santos; eso significa que ellos han sido apartados para Dios. Debemos comprender que cada uno de nuestros hijos son santos. Nuestros hijos no son para nosotros mismos. A los ojos de Dios cada hijo que tenemos ha sido apartado para Dios, y debe ser dedicado a Dios y a Su propósito. Esto es maravilloso. No debemos criar a nuestros hijos pensando en nuestro propio beneficio. Eso era precisamente lo que Zacarías quería hacer con Juan el Bautista. Él pensaba que Juan serviría conforme al sacerdocio del Antiguo Testamento, pero Juan el Bautista inició el sacerdocio neotestamentario. No críe a sus hijos para su propio beneficio. Por eso es tan bueno bendecir a nuestros hijos enviándolos al entrenamiento de tiempo completo; hacer esto es maravilloso.

*El Señor usa nuestros fracasos para mostrarnos qué horribles, feos y abominables somos, haciendo que nos olvidemos de todo lo que proviene del yo y que dependamos completamente de Dios*

El Señor usa nuestros fracasos para mostrarnos qué horribles, feos y abominables somos, haciendo que nos olvidemos de todo lo que proviene del yo y que dependamos completamente de Dios (Sal. 51; Lc. 22:31-32; Ro. 8:28). Es muy positivo que experimentemos algún fracaso.

**Tomar a Cristo como la ofrenda por las transgresiones es experimentarlo como Aquel que redime, que resplandece y que reina, a fin de disfrutarlo como el suministro de vida en la comunión de vida**

Tomar a Cristo como la ofrenda por las transgresiones es experimentarlo como Aquel que redime, que resplandece y que reina, a fin de disfrutarlo como el suministro de vida en la comunión de vida (1 Jn. 1:1—2:2; Ap. 21:21, 23; 22:1-2). Apocalipsis 22:1-2 nos muestra el trono de Dios y del Cordero junto con el río de agua de vida que sale del trono. En 21:23 vemos que el Cordero es la lámpara. Él es Aquel

que nos redime y también es la lámpara, Aquel que resplandece. Dios está en Él como la luz que resplandece por medio del Cordero, el cual es la lámpara.

*Al tomar a Cristo como nuestra ofrenda por las transgresiones, debemos hacer una confesión cabal de todos nuestros pecados e impurezas a fin de tener una conciencia buena y pura*

Al tomar a Cristo como nuestra ofrenda por las transgresiones, debemos hacer una confesión cabal de todos nuestros pecados e impurezas a fin de tener una conciencia buena y pura (Hch. 24:16; 1 Ti. 1:5, 19; 3:9; 2 Ti. 1:3; He. 9:14; 10:22). Cuando verdaderamente estamos en comunión con Dios, Él como luz nos ilumina, y en esa luz confesamos nuestros pecados a fin de tener una conciencia sin ofensa delante de Dios y de los hombres. Además, podemos tener una conciencia pura. Eso significa que nuestra conciencia no es meramente gobernada por el bien o el mal, sino por la vida divina. Si hacemos algo que no está en el fluir de la vida divina, nos pecataremos de que eso es pecado. Aunque tal vez se trate de algo que aparentemente no está mal, puesto que no se halla en el fluir de la vida divina ni en la comunión de la vida divina, no tiene como objetivo la economía de Dios y, por tanto, tenemos que confesarlo. Es así como mantenemos una conciencia pura.

*Si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel en Su Palabra para perdonarnos de todos nuestros pecados, y es justo en Su redención para limpiarnos de toda injusticia; además, Cristo como nuestro Hermano mayor es nuestro Abogado con el Padre a fin de restaurar nuestra comunión con el Padre que había sido interrumpida, para que permanezcamos en el disfrute de la comunión divina*

Si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel en Su Palabra para perdonarnos de todos nuestros pecados, y es justo en Su redención para limpiarnos de toda injusticia; además, Cristo como nuestro Hermano mayor es nuestro Abogado con el Padre a fin de restaurar nuestra comunión con el Padre que había sido interrumpida, para que permanezcamos en el disfrute de la comunión divina (1 Jn. 1:7, 9; 2:1-2). Alabado sea el Señor porque tenemos a Cristo como nuestro Hermano mayor, y Él es nuestro Abogado para con el Padre. Eso significa que Él es nuestro Consejo, nuestro Intercesor, nuestro Consolador y nuestro Mediador. Él es nuestro Abogado para con el Padre. Él es

nuestro Representante legal —divino y místico— en el tribunal familiar. Esto es un asunto relacionado con la familia. Aunque es posible que pequemos contra el Padre, gracias a Cristo, nuestro Hermano mayor, podemos ser perdonados de nuestros pecados y ser limpiados de toda injusticia. Él es nuestro Abogado. Él restaura nuestra comunión con el Padre cuando ésta se interrumpe, a fin de que nosotros podamos permanecer en el disfrute de la comunión divina.

*La purificación que nos proporciona  
la sangre de Jesús el Hijo de Dios,  
resuelve el problema de separación que tenemos con Dios,  
el problema de culpa en nuestra conciencia y  
el problema de las acusaciones de Satanás,  
capacitándonos así para tener una vida diaria llena  
de la presencia de Dios*

La purificación que nos proporciona la sangre de Jesús el Hijo de Dios resuelve el problema de separación que tenemos con Dios, el problema de culpa en nuestra conciencia y el problema de las acusaciones de Satanás, capacitándonos así para tener una vida diaria llena de la presencia de Dios (Sal. 103:1-4, 12-13; 32:1-2; Ap. 12:10-11).

*Tomar a Cristo como nuestra ofrenda por las transgresiones  
con la confesión de nuestros pecados bajo la luz divina  
es la manera de beber a Cristo como el agua viva  
para que nosotros lleguemos a ser la Nueva Jerusalén*

Tomar a Cristo como nuestra ofrenda por las transgresiones con la confesión de nuestros pecados bajo la luz divina es la manera de beber a Cristo como el agua viva para que nosotros lleguemos a ser la Nueva Jerusalén (Jn. 4:14-18). La mujer pecaminosa en Juan 4 bebió de Cristo como el agua viva al confesar sus pecados. En realidad, fue el Señor quien confesó los pecados por ella. Esto es maravilloso. Cuando estamos en la comunión de la vida divina, el Señor incluso confesará los pecados por nosotros. Él dijo: “Ve, llama a tu marido”, y ella respondió: “No tengo marido”. Él le dijo: “Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido”. Entonces ella respondió: “Señor, me parece que Tú eres profeta”. En nuestro espíritu hay un Profeta, y nosotros necesitamos disfrutarlo como nuestra ofrenda por las transgresiones.

*Tomar a Cristo como la ofrenda por las transgresiones  
para recibir el perdón de los pecados  
resulta en que temamos a Dios y amemos a Dios*

Tomar a Cristo como la ofrenda por las transgresiones para recibir el perdón de los pecados resulta en que temamos a Dios y amemos a Dios (Sal. 130:4; Lc. 7:47-50). Es maravilloso cuando verdaderamente disfrutamos a Cristo como nuestra ofrenda por la transgresión. El resultado de esto es que temeremos más a Dios, lo cual significa que lo reverenciaremos, respetaremos y honraremos más, y desearemos consultar con Él y tenerlo en cuenta en todo lo que hacemos. Mientras más seamos perdonados por Dios, más le amaremos. Lucas 7:47 dice: “Por lo cual te digo: Sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama”.

**MIENTRAS DISFRUTAMOS A CRISTO EN LA COMUNIÓN DIVINA,  
CONTINUAMENTE EXPERIMENTAMOS EN NUESTRA VIDA ESPIRITUAL  
UN CICLO DE CUATRO COSAS CRUCIALES: LA VIDA ETERNA,  
LA COMUNIÓN DE LA VIDA ETERNA, LA LUZ DIVINA  
Y LA SANGRE DE JESÚS EL HIJO DE DIOS; TAL CICLO NOS HACE  
QUE CREZCAMOS MÁS EN LA VIDA DIVINA HASTA QUE  
ALCANCEMOS LA MADUREZ DE VIDA, A FIN DE QUE LLEGUEMOS  
DE FORMA CORPORATIVA A UN HOMBRE DE PLENA MADUREZ,  
A LA MEDIDA DE LA ESTATURA DE LA PLENITUD DE CRISTO**

Mientras disfrutamos a Cristo en la comunión divina, continuamente experimentamos en nuestra vida espiritual un ciclo de cuatro cosas cruciales: la vida eterna, la comunión de la vida eterna, la luz divina y la sangre de Jesús el Hijo de Dios; tal ciclo nos hace que crezcamos más en la vida divina hasta que alcancemos la madurez de vida, a fin de que lleguemos de forma corporativa a un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (1 Jn. 1:1-9; He. 6:1; Ef. 4:13). Por medio de la vida eterna somos introducidos en la comunión de la vida eterna. Entonces, esa comunión nos traerá la luz divina, y en dicha luz divina disfrutaremos de la sangre de Jesús el Hijo de Dios. Tal ciclo nos lleva a avanzar en el crecimiento de la vida divina hasta que alcancemos la madurez de vida y lleguemos a un hombre corporativo de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Ésta es la comunión maravillosa de la vida eterna. Debemos orar al Señor pidiéndole que profundice en nosotros este dulce fluir de la vida divina, de manera que podamos llegar a la realidad de lo que es vivir en el Cuerpo de Cristo.—E. M.